

# EUGENISTAS, PERO CON PRUDENCIA

Claudio Pogliano

Universidad de Turín – Instituto y Museo de Historia de la Ciencia – Florencia (Italia)

## RESUMEN

Partiendo de la base de que no se puede describir la eugénica como un movimiento unitario, ya que se produjeron numerosas variantes ligadas al contexto geográfico y cultural, este artículo intenta demostrar la peculiaridad del caso italiano. Si ya en 1889 Giuseppe Sergi deseaba que la selección artificial llevase a cabo lo que debía de hacer la natural, evitando así el riesgo de la «degeneración», sólo ante la Primera Guerra Mundial parece crecer la alarma por la decadente calidad de la población, encontrando un eco cada vez más amplio. En 1919 nació la Sige (Società italiana de genetica ed eugenica) bajo la impresión del difuso temor que la carnicería bélica había provocado. De ahí en adelante prende rápidamente una dirección «nazional» que se imbrica tanto con una tradición del pensamiento como con el nuevo temple político. Una dirección «moderada» fascista, católica, que se construyó en consonancia con el pronatalismo del régimen y en polémica áspera con la presunta aberración eugénica anglosajona\*.

## SUMMARY

Thinking that one could not describe eugenics like a unique movement, since numerous bound variants took place related to the geographical and cultural context, this article tries to demonstrate the peculiarity of the Italian case. If already in 1889 Giuseppe Sergi wanted that the artificial selection take it to end what should make the natural, avoiding the risk of the so called «degeneration», only in the face of the First World War seems to grow the alarm for the decadent quality of the population, finding a more and more wide echo. In 1919 the Siges was born (Società italiana de genetica ed eugenica) shocked under the impression of the diffuse fear about the butcher the war had caused. From there from now on fastens a «nazional» direction closely related to the traditional thought and also with the new political temper. A «moderate» direction, Fascist, Catholic, that was built in consonance with the pronatalism of the regime and in rough polemic with the presumed Anglo-Saxon eugenics aberration.

Hace algunos años, hablando de *eugenismo* en una conferencia, Jacques Roger lo definía como «épisode important de la vie intellectuelle et politique occidentale», que se había desarrollado hacia el fin del siglo XIX en reacción al estado del mundo tal

---

\* Este trabajo ha aparecido en italiano en *Nel nome della razza. Il razzismo nella storia d'Italia*, coord. Albeito Burgio, Bologna. Il Mulino, 1999.

como era percibido en ese momento, inspirado en la voluntad de aplicar el conocimiento biológico a la conducción de los asuntos humanos. Y analizaba después brevemente, pero con toda limpidez, algunos caracteres diferenciales entre Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania<sup>1</sup>. No mucho tiempo antes, en agosto de 1985, se presentaban al Congreso Internacional de Historia de la Ciencia, realizado en Berkeley, unos quince informes sobre eugénica en relación con diez realidades locales diversas. La pesquisa se extendió después a muchos otros casos, y el considerable crecimiento cuantitativo de los estudios ha inducido a algunos a escribir sobre una «*burgeoning eugenics industry*» promovida por historiadores y sociólogos de la ciencia persuadidos de haber encontrado un objeto ideal de investigación<sup>2</sup>. Incremento en número que ha traído consigo, por otro lado, un significativo aumento de calidad, e incluso una revisión sustancial de la imagen difusa de la historiografía en la segunda postguerra. Se han podido así destruir una serie de lugares comunes, y sobre todo que la eugénica se describa como un movimiento unitario, principalmente anglosajón, dotado de un conjunto preciso de creencias y una finalidad. Al contrario, la multiplicación de las investigaciones ha podido revelar un amplísimo espectro de opiniones a veces contradictorias, una multiplicidad de variantes cada una de las cuales va ligada al contexto geográfico y cultural. Se debe, por lo tanto, concebir a la eugénica como un archipiélago multiforme, en el que el ejemplo británico y americano no puede considerarse como paradigmático; la mirada histórica debe, por lo tanto, afrontar numerosos estilos regionales o nacionales que exigen una visión comparada, y he aquí que el caso italiano se encuentra hasta ahora entre los menos investigados<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> ROGER, J. (1989), *L'eugénisme, 1850-1950*, en C. Benichou, ed., *L'Ordre des caractères. Aspects de l'héritage dans l'histoire des sciences de l'homme*, Paris, Vrin, pp. 119-145. Después en *Id.* (1995), *Pour une histoire des sciences à part entière*, Paris, Albin Michel, pp. 406-431.

<sup>2</sup> PAULY, P.J., (1993), «*Essay Review: The Eugenics Industry- Growth or Restructuring?*», *Journal of the History of Biology*, 26, pp. 131-145.

<sup>3</sup> Cfr. a este respecto las consideraciones de ADAMS, M.B., (1990), «*Toward a Comparative History of Eugenics*», en *The Wellborn Science. Eugenics in Germany, France, Brazil and Russia*, M.B. Adams, ed., Oxford, Oxford University Press, pp. 217-231. Hace quince años me era dado escribir que la historiografía italiana ofrecía, al examinarla, un vacío singular, (Cfr. POGLIANO, C., (1984), «*Scienza e stirpe: eugenica in Italia (1912-1939)*», *Passato e presente*, N° 5, pp. 61-95); hoy el cuadro de la situación es más rico: puede encontrarse información útil en STEPAN, N.L., (1992), «*Race, Gender and Nation in Argentina: the Influence of Italian Eugenics*», *History of European Ideas*, 15, pp. 749-756 y HORN, D.G. (1994), *Social Bodies. Science, Reproduction, and Italian Modernity*, Princeton, Princeton University Press, (N.J.), pp. 56-65. Se deben tener presentes, también, los estudios de DE GRAZIA, Victoria, en particular *How Fascism Ruled Women. Italy, 1922-1945*, Berkeley, University of California Press, 1992. Recientemente han dedicado a la eugénica parte de sus libros tanto ISRAEL, G. y NASTASI, P., (1998), *Scienza e razza nell'Italia fascista*, Bologna, Il Mulino, como MAIOCCHI, R., (1999), *Scienza italiana e razzismo fascista*, Firenze, La Nuova Italia.

1. Hay un libro de 1889 que, medio siglo más tarde, los cantores de las glorias itálicas evocaban gustosamente para mostrar que su autor era pionero en la selección artificial de la raza, justamente el mismo año en el que Francis Galton se esforzaba en dar sólidas bases a la eugénica. En ese libro de Giuseppe Sergi, que estaba ya enseñando en Roma, pero no había fundado todavía su Sociedad y Revista de antropología, sonó la alarma de la «degenerazioni», que se consideraba que invadía todas las clases sociales<sup>4</sup>. Se estableció que durante la lucha por la existencia no perecen todos los débiles, y que más bien un cierto número de «feriti e mutilati» sobreviven y propagan sus anomalías hereditarias, detenciones y desviaciones del desarrollo, preocupante consecuencia que habría debido llamar la atención del legislador. Sergi definía a los «Degenerati» como el residuo de la selección y los oponía a los «normali», aquellos que habían superado todas las dificultades sin resentirse, dotados, por lo tanto, de las mejores disposiciones para continuar viviendo y reproducirse. Sobre la herencia, se hacía resaltar el triste fenómeno de la supervivencia de los inferiores: «se questi individualmente perissero, presto o tardi, senza lasciar discendenza, vi sarebbe, senza dubbio, la selezione del più forte, del più adatto<sup>5</sup>». Pero no era así, y por lo tanto lo que sucedía es que había que buscar un remedio. Antes de indicar como hacerlo, Sergi dedicaba buena parte del libro a hacer un análisis de la degeneración existente, distinguiendo el carácter individual, concebido como una función del organismo físico, una parte «fondamentale» de otra «avventizia»: forma bastante personal de traducir la diada germen-soma, que Galton había ya propuesto como la antítesis *nature/nurture*. Entre aquellos que afirmaban y aquellos que negaban la posibilidad de corregir o de regenerar un carácter malo de nacimiento, Sergi escogía un camino intermedio, tendente a diferenciar varios grados degenerativos, según fueran más o menos susceptibles de ser enmendados.

Para cada categoría de degenerado Sergi reservaba un capítulo: así se sucedían los locos, los suicidas, los criminales, las prostitutas, los sirvientes y siervos, los vagabundos y mendigos, los parásitos. Cada uno de esos capítulos merecería un comentario adecuado, por ser la fiel expresión de la mentalidad, prejuicios y miedos de una época. Con amplias citas de Spencer, el antropólogo juzgaba perjudicial más que nada los efectos del «altruismo sentimentale», porque los degenerados, así protegidos, tendrían mayor posibilidad de reproducirse. Anteponía, sin embargo, la advertencia de que no era su intención proponer la abolición de los hospitales, manicomios y beneficencia; más bien, distinguir a aquellos que habían demostrado luchar eficazmente de quienes estaban impedidos de utilizar la propia energía para derrotar las dificultades, «coloro che lavorano e vogliono lavorare, e coloro che non lavorano e non vogliono piegarsi al lavoro, qualunque esso sia». Si era alguien normal, si se

<sup>4</sup> SERGI, G., (1889), *Le degenerazioni umane*, Milano, Dumolard.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 31.

producía una desgracia o un infortunio, era lícito y justo prestarle socorro; por el contrario los degenerados no merecían ningún cuidado, y no ya porque se les debiese castigar (muy difícil parecía su imputabilidad), sino sólo para desalentar una adaptación inferior que les habría concedido vida y prole.

Nuevamente señalaba Sergi una tercera vía para solucionar el dilema entre el optimismo, confiado en la eliminación automática de los despojos humanos, y el pesimismo, obsesionado sobre su rápido crecimiento: el evolucionista, que veía en el hombre un fenómeno biológico, habría señalado que la selección natural se iba a completar. Puesta como finalidad la regeneración, era ante todo necesario hacer más resistente la condición externa de los individuos de cada clase social, y al mismo tiempo hacer que aquellas condiciones fuesen menos negativas. Mejorar el estado físico de los progenitores habría significado garantizar una mejor genealogía, lo que significaba aportar la nutrición y el reposo necesarios para reparar la fuerza empleada en el trabajo. En cuanto a la descendencia, necesitaba, como era habitual, «farne molte categorie» según la naturaleza de la degeneración parental y se debían aplicar medidas diferentes. La sociedad debía prestar toda la atención posible hacia la imposibilidad de algunos para gobernarse y alimentarse, por deformidad física o por enfermedad, cuando existía una incapacidad irremediable; «ma se i degenerati sono criminali, mendicanti professionali, vagabondi, parassiti di ogni sorta, il trattamento dev'essere duro, severo assai [...] le leggi devono essere assolutamente repressive e la filantropia deve tacere<sup>6</sup>». En tales casos, Sergi prescribía la condena a trabajar, incluso bajo la forma de la deportación a una isla desierta, la prohibición del matrimonio y el impedir la existencia de una progenia ilegítima: selección artificial hasta cumplir con la natural, capaz de mejorar la raza, pero sólo asociada a una potente obra educativa que debería inculcar el sentimiento de la dignidad del trabajo y arraigar su hábito.

Mucho mejor —comentaba Mantegazza— sería que el «libro cattivo» no hubiese sido escrito, sea por la fama de su autor, sea porque no se encontraban en él ni hechos ni leyes nuevas, y ni siquiera se aclaraban los aspectos más oscuros. La enemistad entre ambos, que había tenido definitiva sanción cuando, en 1893, fundara Sergi la Sociedad romana de antropología, rival de la florentina, llegó entonces a un singular grado de aspereza: «la unica cosa che abbiamo imparata, nello scorrere dolorosamente le pagine di questo volume è questa, che vi sono libri che possono chiamarsi “degenerazioni del concetto evolutivo di Darwin”». La crítica de Mantegazza era tan feroz que, aunque la idea fuese la más original y osada, consideraba que era una hipótesis que no se debía de reproducir, así que no hace el más mínimo comentario sobre ella. En cambio, el anónimo recensor de la *Nuova Antologia*, (en la cual Sergi había y habría colaborado), lo elogiaba como un libro «serio e seriamente pen-

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 223.

sato<sup>7</sup>». En buena cuenta, la solución, no pacífica ciertamente, de relegar algunas categorías a fin de que con ellas pereciese el germen del mal, no parece haber encontrado un particular eco, y el desembarazarse de los ineptos fue una tentación apenas sugerida en los años sucesivos, y de ninguna manera irresistible. Una voz más bien aislada, aunque significativa, resultó ser la del alienista y criminólogo Angelo Zuccarelli, que de tanto en tanto lanzará la propuesta de la esterilización de los tarados y degenerados («opera profilattica, efficace, radicale»), respetando órganos y funciones sexuales. Nos lo encontramos ya en 1894, interviniendo en el XI Congreso Médico Internacional de Roma; cuatro años después, elogiaba a los pueblos jóvenes, como el americano, dispuestos a poner en práctica las verdades demostradas por la ciencia, sin falsos escrúpulos por limitar la libertad individual de una minoría cuando algo favorece la salud de la sociedad entera. Sin embargo, sorprende que Vincenzo Giuffrida-Ruggeri, tratando extensamente, en 1896, la cuestión de los signos degenerativos, y no sin recorrer primero todo cuanto se había escrito y discutido sobre el tema, no mencionase la existencia de una ya nutrida literatura eugénica<sup>8</sup>. Parece entonces que, en Italia, el siglo que desaparecía, aunque afligido por el íncubo de la degeneración, no había todavía entrevisto, en la actividad «científico» sobre la descendencia, un remedio posible.

2.- En pocos años, sin embargo, algunas cosas iban a cambiar. En el Primer Congreso Internacional de Eugénica, que se realizó en Londres en julio de 1912 bajo la presidencia de Leonard Darwin, participaron y presentaron comunicaciones no pocos italianos de entre los exponentes más representativos de aquellas disciplinas que tenían como objeto el hombre y la sociedad. Sus nombres: Raffaele Garofalo, Corrado Gini, Vincenzo Giuffrida-Ruggeri, Achille Loria, Antonio Marro, Roberto Michels, Enrico Morselli, Alfredo Niceforo, Giuseppe Sergi<sup>9</sup>. Fue la mecha que, en Italia, prendió fuego a una pólvora aún sin explotar, aunque existente desde hacía, por lo menos, una veintena de años. Hablaron de ello revistas y periódicos, que hasta ese momento habían sido en conjunto sólo débiles ecos de la campaña emprendida por Francis Galton y sus secuaces, confundiendo, además, con las noticias sobre el nuevo campo disciplinar que en 1906 había sido bautizado por William Bateson como genética. El mismo año en que se realizó la reunión londinense, la Universidad

<sup>7</sup> Cfr. M. [MANTEGAZA, P.], (1888), *Archivio per l'Antropologia e la Etnologia*, 18, pp. 289-290; la recensión anónima (1889) en *Nuova Antologia*, serie III, 105, pp. 612-614.

<sup>8</sup> ZUCCARELLI, A., *Osservazioni intorno alla frequenza di dati degenerativi in rapporto con la condotta di alunni di scuole secondarie di Napoli*, en *Atti del XI Congresso medico internazionale, Roma, 29 marzo-5 aprile 1894*, Roma, Tipografia della Camera, vol VI, pp 87-88; Id. 1898, *Profilassi sociale. Asexualizzazione o sterilizzazione dei degenerati*, en *L'Anomalo*, 8, pp. 186-189; GIUFFRIDA-RUGGERI, V., 1896-97, *Sulla dignità morfologica dei segni detti «degenerativi»*, en *Atti della Società Romana di Antropologia*, fasc. 2-3, Roma, Loescher, s.d.

<sup>9</sup> *Problems in Eugenics. Papers communicated to the First International Eugenics Congress held at the University of London July 24th to 30th, 1912*, London, Eugenics Education Society, 1912.

de Génova confió a Serafino Patellani la enseñanza libre de la eugénica social, y pocos meses después la Sociedad Romana de Antropología, por iniciativa de Sergi, instituía un Comité para los Estudios Eugénicos, mientras la Sociedad Italiana para el Progreso de las Ciencias (SIPS) inauguraba una sección especial. En 1915 el higienista Giuseppe Sanarelli habló de «viricoltura razionale», también en nombre de muchos otros colegas, abriendo el año académico romano<sup>10</sup>. Patellani fue el primero en traducir al italiano, y a partir del texto original, los dos artículos de Mendel redescubiertos en 1900 después de varios decenios de olvido, y quien los publicó con un comentario preciso que destacaba cómo en esos momentos se discutía de mendelismo también en la península, lamentando, sin embargo, la carencia de una aproximación más sustancial, y el abuso de fuentes secundarias. Sobre los genes y el genotipo discurría Cesare Artom, uno de los primeros en hacerlo: admitido el concepto de línea pura de descendencia, no era posible realizar, en la práctica, una selección realmente científica en un individuo que fuera aparentemente el más apto, fenotipo de la desconocida virtud hereditaria. Un cierto escepticismo contemplaba el intento, tan en boga, de equiparar toda la gama de caracteres humanos a los antagonistas (dominante y recesivo) aislados por Mendel en los híbridos vegetales. La investigación en el hombre, comentaba Artom, no podría de hecho extenderse más allá de algunas familias ascendentes y colaterales; los grandes números, clave del mendelismo, no estaban al alcance de la genética humana. Recordando el trabajo de de Vries sobre la *Oenothera lamarckiana*, que había demostrado la sensibilidad del plasma germinal a las variaciones externas, Artom contraponía a la eugénica, la «eutenica», una dirección en la que se podía actuar, en el sentido de mejorar el factor ambiental sin casi preocuparse del patrimonio hereditario<sup>11</sup>.

A pesar de los límites, generalmente reconocidos, del conocimiento de la fisiología de la herencia, Sergi exhortaba, con buena dosis de optimismo, a poner toda la biología al servicio de la eugénica teniendo en cuenta la urgencia de una regeneración de la raza. En cuanto a los medios prácticos, muchos Estados americanos ya habían previsto, por medio de sus leyes, la esterilización sexual de los indeseables, sobre cuya licitud tenía algunas dudas; la segregación era apoyada con más fuerza y con menos controversia, pero seguía siendo difícil imaginar una segregación perpetua; por otra parte la limitación de los matrimonios propuesta por Galton habría casi seguramente estimulado la procreación ilegítima. No se equivocaban tanto quienes invocaban la educación, aunque se enfrentaban con la tesis de la no herencia de los caracteres adquiridos: como ya le había sucedido en 1889, el antropólogo valoraba los poderes educativos siempre que fuesen establecidos bajo la guía de la biología y

<sup>10</sup> SANARELLI, G. (1915), «L'igiene nei problemi della civiltà contemporanea. Prolusione al corso d'Igiene e polizia medica», en *Nuova Antologia*, 50, pp. 607-643.

<sup>11</sup> PATELLANI, S., (1914), «Gregorio Mendel e l'opera sua», *Il Morgagni*, 56, pp. 148-154, 161-176, 201-233; ARTOM, Cesare, (1914), «Principi di genetica», *Rivista di antropologia*, 19, pp. 381-410.

siempre que vigilaran al individuo desde la concepción hasta la madurez. En la reunión de la SIPS, que se realizó en Roma en marzo de 1916, Sergi enlazó el surgimiento de la eugénica con el temor que les invadía de que la raza superior estuviese en decadencia. Sin embargo, comparada con la *depopulation* francesa, que Vacher de Lapouge había imputado a una tendencia a la esterilidad provocada por la hibridación entre dolicocefalos y braquicefalos, Italia presentaba una cierta eficacia en cuanto a su situación eugénica, pero era necesario pensar con tiempo, de todas maneras, sobre cómo combatir los futuros efectos de la guerra en curso<sup>12</sup>. La cual podía crear y multiplicar los factores causales más desastrosos. Más que un benéfico «bagnò di sangue» lo que estaba sucediendo en los frentes europeos tenía un valor tanto degenerativo como de menoscabar el patrimonio biológico. Desmintiendo la vieja tesis del darwinismo social, se difunde cada vez más la certeza de que era, en realidad, una selección al revés, y nace así toda una literatura sobre los efectos «disgenici», inmediatos y lejanos, que serían la consecuencia de la guerra. Firmada la paz, el pueblo europeo debía no sólo reconstituirse en número, sino incluso renacer como raza. Y el 15 de marzo de 1919 se constituía en Roma, por iniciativa de Ernesto Pestalozza, Corrado Gini y Cesare Artom, la Società Italiana di Genetica ed Eugenia (SIGE), que permanecerá en un principio prácticamente inactiva, a pesar de los ambiciosos planes y las numerosas y cualificadas adhesiones<sup>13</sup>.

En primera línea se encontraban la neurología y la psiquiatría, para poner en pie, dentro de lo posible, los deshechos humanos expulsados de la trinchera; y el registro de su frecuencia desembocó también en una búsqueda de remedios eugénicos. Placido Consiglio, oficial médico que había ya estudiado casos de neurosis y de psicosis durante la campaña de Libia, sugería en 1915 el hacer repartos de «anormali» —«incompleti o deficienti nell'evoluzione neuropsichica»— y destinarlos a los puestos más peligrosos: de esa forma una «fatale selezione benefica» habría evitado no sólo el contagio en zona operativa, sino, más que nada, el futuro riesgo de las procreaciones. Sin ningún embarazo se consideraba que esa idea era una forma de profilaxis ambiental, tendente a suprimir a los hombres que representaban biológicamente una desviación del tipo, los incapaces de actividad metódica y de disciplina<sup>14</sup>. Contra la *sensiblerie* humanitaria y por una *sélection humaine* se pronunció en Francia, al día siguiente de la guerra, el fisiólogo Charles Richet, reforzado por su prestigio sancio-

<sup>12</sup> SERGI, G., (1914), «L'eugenica dalla biologia alla sociologia», *Rivista di antropologia*, 19, pp. 352-379; *Id.*, (1916), «L'eugenica e la decadenza della nazioni», *Atti della Sips. VII riunione*, Roma, pp. 180-200.

<sup>13</sup> *Cfr. Atti della Società italiana di genetica ed eugenica*, fasc. I, julio de 1920, que contiene el estatuto, el elenco de los miembros del Comité Directivo, las actas de algunas sesiones e intervenciones de Cesare Artom, Giovanni Marchesini, Vincenzo Giuffrida-Ruggeri y Achille Loria.

<sup>14</sup> CONSIGLIO, P., (1915-1916), «I militari anormali in guerra», *Rivista di antropologia*, 20, pp. 3-16; formulará unas propuestas nuevas y más articuladas unos años más tarde: *cfr. Id.*, (1923), «Come difendersi dagli anormali e dai degenerati nell'ambiente militare», *Difesa sociale*, 2, pp. 153-158.

nado por un premio Nobel. Frente a la popularidad conquistada por la teoría sobre la «morte eliminatrice», Morselli se decía turbado: la depuración de la sociedad civil que se invocaba desde muchos sitios habría podido convertirse en hecatombe, tan numerosos eran los grupos de disgénicos y asociales. Examinando las argumentaciones, tanto de los «eutanatisti», tendentes a legalizar la facultad de suprimir los nocivos para la especie, como de sus adversarios, Morselli buscaba una síntesis que superase el contraste. Le ofrecía a la derecha una interpretación “moderada” de la propia filosofía eugénica, que será peculiar en Italia: es mejor mantener controlada la «influenze mesologiche» y hacerla actuar. Mucho más que de una eutanasia autorizada, moral y científicamente discutible, la eugénica debería aprovecharse de un sabio programa de medicina preventiva y social. Bien entendido que Morselli no negaba que se debiese formar una humanidad superior, más sana y más bella: para tal fin, le parecía esencial realizar una criba entre todas las razas, ligada a una jerarquía natural («etnarchia»), asegurando el predominio de los blancos, no tanto a través de la destrucción de los inferiores, cuanto mediante la «monomixia» que se podría establecer por medio de una prohibición sistemática de los cruces<sup>15</sup>.

Y de la guerra, pero para atenuar los temores difusos sobre sus consecuencias, habló Gini en el Segundo Congreso Internacional de Eugénica que se realizó en Nueva York en septiembre de 1921, en el cual participaron con él sólo otros dos italianos, los antropólogos Vincenzo Giuffrida-Ruggeri y Fabio Frassetto<sup>16</sup>. Estos son los años, entre 1919 y 1925, en que la cultura biomédica estaba elaborando un repertorio temático y terminológico destinado a confluir, después de oportunos ajustes, con el léxico y con el arsenal de las ideas fascistas. Dada la sangría de jóvenes vivos, se imponía un cuidado atento de los llamados «germi della specie»: se llegaba entonces, fácilmente, a sostener que un factor principal de la victoria era la natalidad de los italianos, que se debía defender en un futuro como un bien precioso tanto en su matriz biológica como en la fecundidad de la mujer. En tal sentido el Estado debía cumplir un papel de un riguroso control, tratando de restablecer los valores funcionales de la raza, aunque sin, en un principio, ponerse muy en guardia frente al fanatismo de quienes habrían querido una suerte de zootecnia de la especie humana. Eran otros, aunque fueran menos ilusoriamente expeditivos, los instrumentos que debían utilizarse.

3.- Frente al medio millón de inválidos de guerra, el tradicional concepto de caridad y de beneficencia debía dejar lugar a uno nuevo, de asistencia, preocupado ade-

<sup>15</sup> RICHET, C., (1919), *La sélection humaine*, Paris, Alcan; MORSELLI, E. (1923), *L'uccisione pietosa (l'eutanasia) in rapporto alla medicina, alla morale e all'eugenica*, Torino, Bocca.

<sup>16</sup> *Eugenics in Race and State. Volume II: Scientific Papers of the second International Congress of Eugenics held at the American Museum of Natural History, New York, September 22-28, 1921*, (1923), Baltimore, William & Wilkins Co. Giuffrida-Ruggeri y Frassetto presentaron comunicaciones de carácter estrictamente antropométrico.



más por el valor económico de la vida humana. El Instituto Italiano de Higiene, Previsión y Asistencia Social —«Istituto italiano di igiene, previdenza ed assistenza sociale»— creado por Ettore Levi y nacido gracias a la financiación privada, reconocido como ente moral en 1922, fue la primera realización italiana de un filón eugénico de pensamiento, que tuvo en la publicación mensual *Difesa sociale* una eficaz caja de resonancia. Entraron a formar parte de ella representantes de la izquierda moderada, junto con médicos, higienistas, científicos sociales y con el presidente de «Cofindustria» y «Confagricoltura»<sup>17</sup>. Se inició pronto un diálogo con el fascismo en el poder, teniendo como hilo conductor el segundo postulado, según el cual la pobreza de materia prima de Italia podía obviarse solamente con la cantidad de sus brazos, de manera que Mussolini comunicó que seguía con particular simpatía la propaganda dedicada a defender, el «Patrimonio Umano della Nazione. Tutto lo svolgimento della nostra azione è essenzialmente eugenico»: así replicaba *Difesa sociale* a Angelo Zuccarelli, que había revelado con malicia una extraña ausencia. Se leía allí en efecto de todo o casi de todo: educación de la madre y protección de la infancia, elevación moral del prisionero, educación sexual, etc. Faltaban, sin embargo, dos párrafos prioritarios, disciplina del matrimonio y prohibición de la reproducción de los degenerados. El ambiente, repetía Zuccarelli, no habría podido nunca influenciar al genotipo, y el intercambio de pareceres entre el ambientalista Levi y el hereditarista impulsor de métodos más drásticos y directos se desarrolló en las columnas de un periódico médico napolitano (*Il Pensiero sanitario*), que en aquellos años fue uno de los centros más activos del movimiento<sup>18</sup>. Además, la nebulosa eugénica era todavía demasiado vaga y a menudo dejaba vislumbrar posiciones neomalthusianas que no estaban realmente en sintonía con el poblacionismo hacia el cual se había orientado rápidamente el régimen. Por la propia precariedad del referente teórico, tomaron cuerpo algunas direcciones prácticas: para el grupo napolitano guiado por Pietro Capasso se imponía la supervisión higiénica del matrimonio, y en pocos años la cuestión de la consulta prematrimonial y del certificado sanitario creció desmesuradamente, llenando las páginas de las revistas especializadas y de los periódicos. Las disensiones se referían sobre todo al principio de la obligatoriedad, aunque en líneas

<sup>17</sup> LEVI, E., (1922), «Bilancio umano della guerra mondiale», *Difesa sociale*, 1, n. 2, pp. 5-7, n. 3, pp. 6-8; *Id.*, (1921), *La medicina sociale in difesa della vita e del lavoro*, con Introducción de L. Luzzati, Firenze, La Voce; *Id.* (1921), *I partiti e la salute della stirpe*, Roma, Edizione dell'Ipas; *Id.* (1922), «Per l'avvenire della razza. Valori umani e difesa sociale», *Difesa sociale*, 1, pp. 7-10.

<sup>18</sup> LEVI, E. (1923), «Alle radici dei mali sociali: il fascismo alla prova», *Difesa sociale*, 2, pp. 1-4; DE SANCTIS, S., (1923), «Plauso ai provvedimenti del governo nazionale contro l'alcoolismo», *ivi*, pp. 133-134; LEVI, E., (1924), «Natalità ed eugenica», *ivi*, 3, pp. 42-49; ZUCCARELLI, A., (1922) «Al professor Ettore Levi, membro del Consiglio superiore di sanità», *Il Pensiero sanitario*, 14, n.18, pp. 3-4; LEVI, E., «Risposta al professor A. Zuccarelli, in tema di eugenica», *ivi*, n.19, p. 7. Dos años más tarde Zuccarelli volvía a proponer la esterilización de los defectuosos en la reunión anual de la SIPS, («Il problema capitale dell'Eugenica», *Atti della Sips. XIII riunione*, Roma, 1925, pp. 373-374.

generales pocos objetaban el sentido de responsabilidad que la medida habría favorecido; pero aquel nudo en el que se entrelazaban cuestiones de diversa naturaleza, estrictamente biomédicas, morales, políticas y religiosas, no fue nunca desatado, y la vigilancia de los candidatos a la generación se quedó, en Italia, sólo como un deseo de los más ardientes eugenistas.

Promovido por la «Reale Società italiana d'Igiene» y por la «Società italiana de Genetica ed Eugenesia» (SIGE), tuvo lugar un congreso de eugénica social en septiembre de 1924 en Milán, donde se reunió también la «International Commission of Eugenics» presidida por Leonard Darwin, con las adhesiones de todas las asociaciones activas de Europa y de los Estados Unidos. Más de quinientos participantes, acogidos por Luigi Mangiagalli, rector de la Universidad y alcalde de Milán, que inaugurando los trabajos anunció la constitución de la primera cátedra de eugénica, confiada a Patellani. Unas ochenta participaciones, entre informes y comunicaciones, y una gran cantidad de intervenciones en las sesiones de discusiones transformaron el congreso en la primera salida pública de los eugenistas italianos<sup>19</sup>. Parece, por lo tanto, curioso, que Corrado Gini, comparando la creación de Galton con las otras ciencias sociales y biológicas no señalase la existencia de una sustancial inmadurez. Era además un obstáculo, de hecho, el escaso dominio sobre los fenómenos de la herencia, y otros conferenciantes no ocultaron la exigencia de estudios ulteriores, los únicos que podrían colmar el hiato entre los postulados teóricos y las aplicaciones prácticas. Sobre «Religione e eugenetica» habló Agostino Gemelli, mostrando la desconfianza de los católicos con respecto a la relevancia moral de los problemas suscitados por los eugenistas. Afortunadamente, observó, ninguno en Italia había cabalgado con «l'audacia e la faciloneria con le quali molti pseudoscienziati fanno propaganda di dottrine sulla limitazione delle nascite e sui rapporti sessuali»; así que parecía posible un acuerdo entre Iglesia y eugénica, ésta, naturalmente, en versión moderada y expurgada. Se sucedieron las invitaciones a la prudencia y al buen sentido, y en el orden del día aprobado por los asistentes, el primer punto —formulado por Gemelli, Gini y Patellani— asumía el aviso de atemperar un celo que habría podido convertirse en fanatismo. De hecho, en los cuatro días de Milán se dilató la gama temática al comprender cuestiones que se debían haber definido más propiamente como de higiene social: acogida con mil reservas o rechazada del todo la idea de la selección artificial de los deseables, parecía así esfumarse todo intento distintivo.

Ese mismo año, por contra, Paolo Enriques, profesor de zoología en Padua, osaba invocar, singularmente, la «soppressione delle stirpi molto perverse», con la esterili-

---

<sup>19</sup> *Primo congresso di eugenetica sociale. Milano 20-23 settembre 1924*, Milano, Reale Società italiana d'igiene, 1924.

zación voluntaria de los enfermos constitucionales graves, que fue de los pocos que patrocinó, en Italia, el todavía joven conjunto de los estudios genéticos<sup>20</sup>.

Sobre la especificidad de la eugénica se interrogó Silvestro Baglioni, fisiólogo higienista y sexólogo, cimentándose en sistematizar la dirección «nazionale», y congeñarla tanto con una tradición de pensamiento como con un temple político<sup>21</sup>. Se trataba, para él, de una ciencia biológica aplicada o práctica, necesariamente apoyada en un cuerpo de «dottrine pure», o sea, de genética: por lo tanto, con tal de que las leyes de esta última configurasen un conjunto unitario sin lagunas y sin dudas, el procedimiento técnico dirigido al perfeccionamiento de la estirpe manifestaría una verdadera utilidad. Baglioni obtenía una serie de corolarios, ante todo la insostenibilidad del derecho, por parte del Estado, de intervenir con leyes que limitaran los nacimientos. Aquí se encontraba la primera y decisiva corrección: doctrina y propaganda eugénica debía disociarse de ese «Birth control», que no era, por otra parte, una pieza esencial. No sólo eso: como la ciencia y la moralidad difusa y la religiosidad del pueblo llevaban consigo el culto secular de la maternidad, de la infancia y de la familia, la eugénica, una vez depurada de matrimonios aparentes, podía finalmente concelebrar la «virtù prolifica» de las gentes itálicas. Eliminado todo medio represivo, contrario al instinto y al sentimiento, era conveniente ejercitar la prevención. Higiene de la raza, por lo tanto, y orgullo de una progenie sana y fuerte; registro de los caracteres físicos, y censo genealógico de la familia: pero todo conciliado con una sensibilidad digna del máximo respeto.

En 1926 la SIGE cambió los estatutos y eligió, para el quinquenio sucesivo, un nuevo comité directivo. Se convierte en presidente Corrado Gini, a quien se había confiado, pocos meses antes, el «Istituto di Statistica». Fue él quien perfeccionó una vulgata italiana de la eugénica al injertarla en el centro de la propia «demografía integrale», enlace de disciplinas que desde la biología se extendía hasta la sociología. Sus primeros pronunciamientos sobre el tema se remontaban a 1912-1915: un intento de verificación estadística y biométrica de los asuntos eugénicos, así como una inspi-

<sup>20</sup> Cfr. ENRIQUES, P., (1924), *L'eredità nell'uomo*, Milano, Vallardi. Después de haber expuesto la leyes de Mendel y de Galton, e ilustrado la herencia de los caracteres normales y anormales en el hombre, el libro reservaba a las cuestiones eugénicas los últimos dos capítulos, con el auspicio de que las instituciones de caridad y justicia, *progresso morale dei nuovi tempi*, modificasen su dirección para atenuar los daños inevitables. La transformación socialista del régimen económico que Enriques sostenía, no habría debido comportar, para él, *l'annullamento della personalità dell'uomo, con tutte le sue conseguenze di diversità nell'agiatezza individuale e nella riproduttività* (p. 386). Cfr. también POGLIANO, C., (1999), «Bachi, polli e grani. Appunti sulla ricezione della genetica in Italia (1900-1953)», *Nuncius. Annali di storia della scienza*, 14/1, pp.133-168.

<sup>21</sup> El artículo de BAGLIONI, S., (1926), «Principi di eugenica», en *Il Pensiero sanitario*, 8, n. 14, pp. 7-10 y n. 15, pp. 7-12, fue también publicado como tercer volumen de una *Piccola biblioteca di propaganda eugenica*, dirigida por Capasso. Los otros dos títulos son, de CASTELLINO, P., *Dalle fonti di Castalia al divin canone di Leonardo*, y de RUSSO, A.V., *Eugenica, diritto penale e scienza penitenziaria*.

ración de ascendencia galtoniana, como fue, por ejemplo, el intento de medir la distribución de la inteligencia según el orden del nacimiento<sup>22</sup>. Ya entonces Gini había sugerido que se protegiera al pueblo y a la nación como a un organismo que supiese ponerse a la cabeza de las leyes biogénicas; personalidad colectiva dotada de funciones fisiológicas y sujeta a procesos naturales de desgaste. Por una veintena de años se venían multiplicando y refinando los instrumentos gracias a los cuales la población podía concebirse en forma de cuerpo viviente, con una dinámica propia, con ciclos de nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte<sup>23</sup>. Detrás de la teoría de la población vigente en la cultura anglosajona, estaba el concepto de un *optimum* cuantitativo, o sea la existencia de un límite traspasado, aumento demográfico que debía ser considerado dañoso. Esta visión sin embargo —así la interpretó— correspondía a los intereses de algunas naciones dominantes, y presentaba su lado débil frente a objeciones de diverso orden. Ninguno en Italia, sobre todo, habría pensado en reducir la comunidad humana a una granja de cría, donde se permitiera sólo la reproducción de los más idóneos, dada, además, la incapacidad para reconocerlos con seguridad.

Como he señalado, el llamado discurso de la Ascensión, de mayo de 1927, hizo que el poblacionismo se convirtiese en una verdad del régimen, al cual los eugenistas italianos se adecuaron, quisieran o no, esperando que su doctrina obtuviese el máximo honor y se convirtiese finalmente en un principio de gobierno. Poco importaba el *imprint* anglosajón: a la pregunta de cómo un movimiento nacido del humor liberal-democrático podría arraigar en Italia, se replicó que la exigencia eugénica era de todo tiempo y traspasaba las fronteras. Aquello que parecía una circunstancia negativa, o sea la importación de allende los Alpes, reveló un lado ventajoso: la experiencia ya consumada en otro lugar habría en efecto señalado los errores a evitar, y el ingenio italiano sabría separar el grano de la paja. A cinco años de distancia del primero, la SIGE promovió un segundo congreso de genética y eugenesia, en 1929, que tuvo como presidente honorario a Mussolini y a Corrado Gini como director de los trabajos. Trescientos participantes convocados, entre los cuales muchos extranjeros, escucharon al subsecretario de Educación Nacional anunciar que el clima histórico del Régimen era particularmente propicio a sus estudios<sup>24</sup>. Gini comunicó que en Italia

<sup>22</sup> GINI, C., (1912), «Contributi statistici ai problemi dell'Eugenica», *Rivista italiana di sociologia*, 16, pp. 317-426; *Id.* «The contributions of demography to eugenics», en *Problems in Eugenics*, cit., pp. 254-332; *Id.* (1914), «Eugenica», *Rivista italiana di sociologia*, 18, pp. 75-83; *Id.* (1915), «Nuove osservazioni sui problemi dell'Eugenica. La distribuzione dei professori universitari secondo l'ordine di nascita», *ivi*, 19, pp. 218-222.

<sup>23</sup> GINI, C. (1912), *I fattori demografici dell'evoluzione delle nazioni*, Torino, Bocca; *Id.* (1927), *Il Neo-organicismo. Prolusione al corso di Sociologia dell'Università di Roma, 12 gennaio 1927*, Catania, SEM; *Id.* (1930), *Nascita, evoluzione e morte delle Nazioni*, Roma, Libreria del Littorio; *Id.* (1931), *Le basi scientifiche della politica della popolazione*, Catania, SEM.

<sup>24</sup> *Atti del secondo Congresso italiano di genetica ed eugenica promosso dalla SIGE, Roma 30 settembre-2 ottobre 1929*, Roma, Tip. Failli, 1932.

los problemas de la eugénica interesaban ahora a muchos sectores de la ciencia, sin todavía haber penetrado en la masa. Por lo demás, los países latinos no estaban agitados por cuestiones raciales, y ni siquiera hospedaban «tribù di deficienti» comparables a las de los americanos; había, además, una actitud escéptica de las clases cultas hacia algunas teorías, como la que consideraba la prevalencia de la herencia sobre el ambiente, la superioridad de la raza nórdica y el progresivo deterioro por efecto de la mayor reproductividad de las clases bajas. Y sin embargo, las posibles objeciones no eran de un grado tal como para minar la implantación conceptual de la eugénica, sino que más bien se buscaba una «nuova» eugénica, positiva y reformadora, que habría enmendado, según Gini, los vicios de la vieja, negativa y conservadora. Cesare Artoni le daba la razón con piezas genéticas de apoyo, exponiendo cómo, tanto por la mutación súbita de los genes, como por la hibridación, se producían nuevos organismos. Por el contrario Charles B. Davenport, director del «Eugenics Record Office» de Cold Spring Harbor, no estaba en absoluto de acuerdo: sus estudios realizados sobre cruzamientos entre blancos y negros en Jamaica habían encontrado unos caracteres que eran, en todos los casos, inferiores a los correspondientes a las dos razas originarias. El de Roma fue un encuentro de discusión abierta, incluso sobre la esterilización coactiva: el estado de los conocimientos sobre la transmisibilidad de los caracteres patológicos —replicaban algunos— no justificaba medidas tan radicales. El vienés Felix Tixte recordó, en cambio, que no sólo los Estados Unidos habían adoptado leyes a propósito, sino que también en Canadá y en Suiza, en Suecia y en Dinamarca, la opinión era favorable a obstaculizar la multiplicación de los tarados. Una cierta señora Hodson, secretaria de la Federación Internacional de Eugénica, comenzó alabando el idealismo ético-social de los italianos contrarios a la asexualización, pero se refirió además a su viaje por California, del cual había regresado llena de entusiasmo por las operaciones allí realizadas a gran escala. Le fue recordado que cualquier *deminutio* del poder generativo estaba castigada en el código vigente, que la consideraba como una lesión personal. Se habló de mil cosas en el congreso del 29: las actas informan sobre intervenciones sobre la relación entre las funciones somáticas y las genéticas, sobre la interacción entre ambiente y herencia, sobre los factores biológicos de la disminución de natalidad, sobre la buena fertilidad de las clases bajas, sobre la ciudad como un inmenso museo de anormalidad y degeneración, sobre el «numero come forza».

4.- Desde ese momento en adelante la unanimidad, por lo menos aparente, fue un rasgo característico de la literatura eugénica; se impuso una suerte de ortodoxia que dictaba anatemas rituales contra las «aberrazioni» de la pseudociencia anglosajona, (limitación voluntaria de la prole, restricciones de los matrimonios, legitimación del aborto, asexualización de los ineptos), y además, testimonios de conversiones al programa demográfico del fascismo. Y por añadidura, para consagrar la armonía, el Pacto Lateranense, y en diciembre de 1930 una encíclica de Pío XI, la *Casti Connubii*, que definía sin posibilidad de equívoco las prohibiciones de la Iglesia. Durante

un decenio no se hizo ningún juicio sobre el poblacionismo y el ruralismo del régimen que no alabase la previsión eugénica, con la que se llamaba a colaborar alegremente, sobre todo, a la clase médica. Buscando una nueva fórmula teórica para la realidad del Estado Fascista, aparecieron a menudo términos como «unità biologica»: los ciudadanos serían entonces las células, transformando así la libertad en un simple problema funcional, *naturaliter* limitada por el grado de cohesión del cuerpo social. Paradójicamente, en un tiempo de medicina preventiva totalitaria, de profilaxis en todos los sectores de la salud física y psíquica de la colectividad, el foco de la perspectiva de la teoría fue a coincidir con aquel individuo cuyos derechos civiles y políticos parecían restringirse a la mínima esfera. La recalificación fascista de la personalidad humana pretendía que la garantía sanitaria no sólo compensase la pérdida de la abstracción liberal-democrática, sino que incluso superase ampliamente su alcance. La confusión que los eugenistas italianos crearon en torno al par herencia-ambiente, con su predilección sobre la virtualidad mejoradora del segundo término y anteponiendo lo que se denominaba euténica, fue aliviada con la recuperación del concepto hipocrático de «constituzione». En 1923 Nicola Pende había anticipado la modalidad y fines de aquello que se convirtió, en Génova, en el «Istituto Biotipologico», «osservatorio della stirpe», dedicado a estudiar la individualidad humana en sus múltiples facetas y en su sustrato orgánico; diez años más tarde dedicaba una síntesis de su propio pensamiento a Mussolini, «che con i principi sani della politica biologica tesse un abito físico, morale ed intellettuale nuovo per una grande Patria». Si ante Dios y las leyes los hombres podían considerarse iguales, frente a la ciencia existían solamente individuos disímiles en el gran mercado de los valores sociales; sobre el fondo de la libertad condicionada del interés general se haría una futura orientación y selección del biotipo: una «antropotecnia» o cría racional del hombre, capaz de obtener fruto de las inclinaciones. Pero el problema biopolítico de la raza contenía también el temor de la caída de la natalidad, y a ese propósito Pende veía próxima una época de grandeza para la estirpe itálica en virtud de su variada composición. La latinidad, en efecto, era fusión, mezcla de valores antropológicos: no se podía realmente hablar de raza pura, a despecho de Hitler, de su política y de su consecuencia «comiche e illogiche», ni siquiera en el caso de población alemana. Lejos de la utopía germánica, escandinava o norteamericana de la pureza racial, la heterogeneidad era, en Italia, un recurso<sup>25</sup>. Mejoramiento eugénico y medicina constitucionalista suscribieron un pacto de alianza permanente, en una tensión en la cual el «uomo totale» podía llegar a una felicidad inducida desde lo alto.

En 1927, el discurso de Mussolini sobre la salud física de la raza era parecido al de muchos otros, contener el reconocimiento de una condición precaria y al mismo

<sup>25</sup> PENDE, N., (1923), «Per la creazione in Italia di Istituti di biologia e psicologia dell'individuo e della razza», *Difesa sociale*, 2, n. 4, pp. 73-75; *Id.* (1933), *Bonifica umana razionale e biologia politica*, Bologna, Cappelli.

tiempo la imposición del remedio. El Estado asumía la plenitud de sus poderes y se adjudicaba el derecho-deber de proteger la vida humana desde el nacimiento hasta la muerte: gigantesco prisma, hecho para cubrir con sus múltiples caras no sólo toda aquella patología en la que se incubaban los seres antisociales, sino también los gestos y los modos de la existencia cotidiana, el ciclo vital, los ritos de paso y la reproducción orgánica de la colectividad. Enlazando mutuamente la «Opera Nazionale per la Protezione della Maternità e dell'Infanzia», la «Opera Nazionale Balilla» y la «Opera Nazionale Dopolavoro», que deberían esculpir, eugénicamente, al nuevo italiano, el fascismo pareció realizar el sueño de muchos integrantes del reciente pasado liberal. Nada más lejano del ímpetu esterilizador de marca americana, siempre deplorado. Pero había además otra cosa, las decenas de miles de esterilizaciones ordenadas y realizadas en la Alemania nazi por los llamados Tribunales para la salud Hereditaria (*Erbgesundheitsgerichte*). Cálculos aproximativos estimaban en cerca de tres o cuatrocientos mil el número de anormales víctimas de la ley aprobada el 14 de julio de 1933 y que entró en vigor en 1934: del 5 al 7 % de la población alemana. Nadie sintió, entonces, el aplaudir aquella medida; pero poniendo gran atención, los juristas y médicos tomaron de alguna manera distancia, mientras un largo ensayo de Erico Goldberg sobre las leyes eugénicas vigentes en todos los países del mundo denunciaba la mística hitleriana de redención y la subyacente biología racista<sup>26</sup>.

Mientras en el horizonte se acumulaban nubes cada vez más oscuras, desde el 5 al 7 de setiembre 1938 se reunía la SIGE en Bolonia bajo la presidencia de Gini, que notó un neto predominio de las comunicaciones de los genetistas en comparación con las dos reuniones precedentes (de los años 24 y 29), que habían privilegiado ampliamente la temática de índole eugénica. Hojeando las actas sorprende, en efecto, la activa presencia de muchos de los que se habían dedicado a una ardua carrera científica en los años treinta: entre otros, Giuseppe Montalenti, Adriano Buzzati-Traverso, Claudio Barigozzi. Gini apreció la «eccellente riuscita» de la iniciativa, en la cual había incluso participado un representante de la «Direzione Generale per la Demografia e la Razza», y se decidió una cita en Roma para un Congreso Internacional de Eugénica que debería haber tenido lugar en el año 1942, con el fondo de una gran Exposición nunca realizada<sup>27</sup>.

En enero de 1939 fue convocado un congreso de estudios sobre la raza en el GUF milanés: sonando como un *refrain* del éxito, los oradores insinuaron que, hasta la fun-

<sup>26</sup> Cfr. Entre muchos, BETTIOL, G., (1934), «Sterilizzazione e diritto penale in Germania», *Rivista italiana di diritto penale*, 6, pp. 754-761; FOÀ, C., (1935), «La sterilizzazione coattiva dal punto di vista etico ed eugenetico», extr. de *Rassegna clinico-scientifica dell'Istituto biochimico italiano*; SPERAPANI, U., (1936), «La sterilizzazione eugenica», *Difesa sociale*, 15, n. 1, pp 16-22; GOLDBERG, E., (1936), «Le leggi della sterilizzazione e castrazione», extracto de *Scritti biologici*.

<sup>27</sup> *Atti della terza riunione della Società italiana di genetica ed eugenica. Bologna 5-7 settembre 1938*, *Genus*, 3, 1939, pp. 1-371. La revista, dirigida por Gini, era el órgano del *Comitato italiano per lo studio dei problemi della popolazione*, y, al mismo tiempo, de la SIGE.

dación del Imperio, el fascismo se había preocupado por potenciar la estirpe por medio de la defensa de la maternidad y la infancia, la lucha contra el celibato y las previsiones de todo género. Además, la política racial había ido adquiriendo una fisonomía expansionista y una tarea más amplia, la de conjuntar hibridismo biológico, moral y espiritual: se había alcanzado, de hecho, la defensa de la sangre italiana del mestizaje colonial y de la «contaminazioni israelitiche»<sup>28</sup>. Un racismo no necesariamente vinculado a la eugénica, a diferencia de cuanto había sucedido y estaba sucediendo en otros lugares; un racismo que proclamaba también hasta la inexistencia de razas puras y la vaguedad del término «ariano», y que a veces se interrogaba con alguna perplejidad sobre sus propios fundamentos. Impresionaba, hojeando los fascículos de la combativa *Difesa della razza*, que incluso en 1940 se juzgase no recomendable aquella eugénica coercitiva extraña a las normas morales y jurídicas de la nación, y, todavía más, condenada por la Iglesia. Lo que no quitaba que se mirase con atención a cuanto estaba sucediendo en los países en los cuales la esterilización era práctica legal y cotidiana: «l'odierna prova tedesca avanza con tenacia e zelo costituendo il più grandioso esperimento razzista da Licurgo in poi. Tutto il mondo veglia il risultato per trarne le deduzioni». Dos años después, en las páginas de la misma revista, Guido Landra replicó polémicamente al «nebuloso espiritualismo» de Julius Evola, y se quejó de que, empeñadas Italia y Alemania en el máximo esfuerzo, una grave disidencia estropease el frente del racismo italiano. Se necesitaba enérgicamente reafirmar la dirección científica y biológica, y las palabras de Landra merecen una extensa cita, reveladora como es de un pensamiento existente, pero del cual raramente nos llegaba en ese tiempo la voz:

«Da tempo vorremmo che il razzismo italiano fosse entrato in una fase veramente positiva. Non è colpa nostra se nulla ancora è stato realizzato in Italia in questo campo. Troppi interessi e troppa inerzia spirituale sono legati al mantenimento dell'attuale stato di cose [...] Basterebbe stimolare al massimo gli elementi meglio dotati dal punto di vista razziale del nostro popolo, porre in condizioni favorevoli di sviluppo la grande massa degli elementi medi (i nove decimo circa della popolazione italiana), e infine fare diminuire con misure energiche, come la sterilizzazione e la castrazione, fino a farla sparire del tutto, la massa grigia degli elementi tarati e antisociali [...] E per la nostra patria, anche se ci fosse qualche lieve diminuzione quantitativa, un potenziamento degli elementi migliore e l'eliminazione di quelli peggiori sarebbe veramente salutare»<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> «Congresso di studi sulla razza a Milano», (1939), *Difesa sociale*, 18, p. 100.

<sup>29</sup> MARCHIORI, G. (1939), «Propaganda eugenica o misure coercitive?», *La difesa della razza*, 3, n.18, pp. 19-23; LANDRA, G. (1942), «Razzismo biologico e scientismo», *ivi*, 6, n.1, pp. 9-11.